maléfico, en una predestinación sin salida ni redención” (p. 319). Pero pasemos a la otra cara de la moneda: Sor Juana Inés de la Cruz. El tema que de ella trata es el del feminismo de la monja y su presencia en la trova popular. Aquí vemos presente al negro, más como protesta por su condición, del que dice Baudot “son estos villancicos de 1677 y parece que aquí Sor Juana no dudó en denunciar más que insinuar” (p. 341). Particularmente interesante resulta un texto “mestizo” (así llamado por Baudot por contener una “ingeniosa y cómica mezcla de castellano y nahuatl” (p. 354) de un villancico que en una de sus partes reza:

Sólo Dios Piltzintli
del cielo bajó
y nuestro tlatlacol
nos lo perdonó

Pero estos Teopixqui
dice en so sermón
que este San Nolasco
Miechtin compró...

No nos queda por agregar nada más. Pienso que lecturas como ésta bien escrita y documentada son de agradecer al autor. A ello se une el que se trate de textos ya publicados en revistas dispersas por aquí y por allá, con lo cual se facilita al lector el acceso a ellas. Estamos, pues, ante un magnífico libro escrito por un investigador profundo y con temas relevantes que nos acercan, sin lugar a dudas, a los albores del discurso colonial...

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

Fray Andrés de Olmos, *Arte de la lengua mexicana*, Introducción y transliteración de Ascensión y Miguel León-Portilla, Madrid, Ediciones del Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 2 v. 1993, v. I: Edición facsimilar, v. II: Estudio y transliteración, xcix-215 p.

Reducir en artificio gramatical una lengua, clasificar sus fonemas y detectar sus posibles variaciones, organizar sus constituyentes morfológicos atendiendo a su forma y significado; y, determinar sus características sintácticas, así como las diversas relaciones que contraen entre sí estos elementos para constituir sintagmas (frases u oraciones) fue tarea ardua que dentro de la tradición occidental se

emprendió a partir de la *Teckné Grammatiké* de Dionisio de Tracia. Aunque Panini había dejado ya desde el siglo IV a. C. en su *Asthadhyahyi* (Los Ocho Libros) importantes reflexiones fonológicas y morfosintácticas sobre el sánscrito, no es sino con los griegos con los que se puede apreciar la conclusión de un largo proceso de representación gráfica en el que finalmente se anotan tanto las consonantes como las vocales, se reducen las distintas palabras a clases atendiendo fundamentalmente a criterios nocionales, y se establece someramente la clasificación de algunos enunciados.

El trabajo gramatical de los sabios alejandrinos y las precisiones semánticas apuntaladas por los estoicos sobre algunas consideraciones propuestas por aquéllos, fueron la base de la que partieron los romanos para la descripción del latín y, posteriormente los estudiosos de la Edad Media particularmente para la elaboración de gramáticas de corte didáctico, así como los del Renacimiento, quienes realizaron una titánica labor de clasificación de una variada gama de lenguas. En este contexto, el filólogo y gramático sevillano Elio Antonio de Nebrija, retomó aquella tradición grecolatina para elaborar, a fines del siglo XV dos gramáticas: una de la lengua latina, *Introductiones latinæ* que dentro de la más clásica orientación intentaba restituir a través de claros criterios prescriptivistas la pureza del latín ciceroniano, perdida, según él en aquellas especulaciones filosóficas de los escolásticos y que se convertiría en el libro de texto en los colegios de Nueva España durante la Colonia; la otra fue la *Gramática de la lengua castellana*, la primera de una lengua romance.

Ahora bien, todos estos trabajos a los que nos hemos venido refiriendo, finalmente describían los componentes lingüísticos de su propio idioma o del latín, que durante siglos funcionó como lengua oficial. Pero ¿qué sucedió cuando se tuvieron que reducir en artificio gramatical un sinnúmero de lenguas insospechadas, de estructuras distintas y de posibilidades sintácticas nunca antes contempladas? Tal fue el caso de la enorme variedad de idiomas del continente americano, que tuvieron que ser descritos y categorizados por los misioneros para lograr sus fines proselitistas.

En esta ocasión nos referiremos a la primera gramática del Nuevo Mundo debida al franciscano fray Andrés de Olmos, *Arte de la lengua mexicana*, concluida el primer día de enero de 1547 y que han sacado, después de la edición de Rémi Simeón, nuevamente a la luz Ascensión y Miguel León-Portilla en 1993, con motivo del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos.

Es esta espléndida edición del Instituto de Cooperación Iberoamericana una muestra afortunadísima de un proyecto mayor de

ediciones de varias artes entre las que se encuentran la *Gramática de la lengua castellana* de Elio Antonio de Nebrija y la *Gramática o Arte de la lengua general de los yndios de los reynos del Perú* de fray Domingo de Santo Thomás.

La publicación consta de dos volúmenes: el primero de ellos es el facsímil de uno de los manuscritos de Olmos, el conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid; el segundo contiene una extensa y erudita introducción y la transliteración debida a Ascensión y Miguel León-Portilla.

Desde su llegada a la Nueva España en 1528, fray Andrés de Olmos, como lo hicieron sus compañeros de orden, Motolinía y Sahagún, conjuntó la labor religiosa, propia de los frailes menores que intentaban convertir a los naturales del Nuevo Mundo dentro del programa milenarista, con su tarea lingüística y etnográfica.

Dotado de una gran facilidad para el aprendizaje y captación de la naturaleza de los más diversos idiomas, como lo advierte fray Jerónimo de Mendieta, cupo a Olmos la tarea de abrir camino en el estudio de varias lenguas mesoamericanas. La primera fue su *Arte de la lengua mexicana*, que aun cuando no logró publicarse sino hasta 1875 circuló entre muchos. Posteriormente redactó un *Arte de la lengua totonaca* y una *Gramática y vocabulario de la lengua huasteca*, que desafortunadamente no han llegado hasta nosotros. Fray Andrés de Olmos realizó también importantes actividades filológicas y etnográficas que habrían incluso de emular otros comañeros de orden. Fruto de estos trabajos fueron la compilación de los *Huehuetlahtolli*, que posteriormente publicaron fray Juan Bautista y fray Juan de Torquemada, también franciscanos, y otros escritos en náhuatl como *Siete sermones principales sobre los siete pecados mortales* y *Tratado de hechicerías y sortilegios*, dados a conocer por Georges Baudot.

Para la edición y análisis del *Arte* de fray Andrés, eligieron Ascensión y Miguel León-Portilla el manuscrito albergado en la Biblioteca Nacional de España, ya que, como claramente explican en su introducción es —junto con el que se encuentra en el Fondo Español de la Biblioteca Nacional de París— uno de los más antiguos y mejor conservados que existe. Ascensión y Miguel León-Portilla justifican pormenorizadamente los criterios filológicos adoptados en su edición. Se trataba de presentar el manuscrito más apegado al trabajo original de Olmos y del que los otros cuatro resultaban variantes.

Además del marco histórico en que se gestó el *Arte* y de la referencia biobibliográfica de fray Andrés de Olmos, Ascensión y Miguel León-Portilla exponen en su esclarecedora introducción los

trabajos lingüísticos que influyeron en la conformación de la obra. Indican los editores que muy posiblemente el autor pudo haber tenido acceso a los apuntes de los franciscanos fray Francisco Ximénez y fray Alonso Rengel y, por supuesto, a los dos trabajos gramaticales de Nebrija a los que se ha aludido anteriormente. Partiendo de la tradición grecolatina contenida en las *Introductiones* y replanteada en la *Gramática castellana*, fray Andrés de Olmos, al igual que Nebrija, procedió a codificar una lengua que no contaba con ella, sólo que el franciscano tuvo que zanjar dos problemas adicionales: por una parte, establecer la correlación entre los sonidos propios del náhuatl y las letras del alfabeto latino que por vez primera se utilizaban para representar las características fonológicas de un idioma que hasta entonces había sido plasmado con escritura pictográfica. Este dato es descrito con detalle por los editores. Por otra parte, Olmos tuvo que reducir a clases y describir sintácticamente una lengua que procedía de un tronco lingüístico desconocido y cuyas características formales y funcionales distaban mucho de la naturaleza predominantemente flexiva del latín y castellano.

Nebrija describió el castellano siguiendo los modelos grecolatinos; sin embargo, y a pesar de las críticas que le hiciera Cristóbal de Villalón quien arguía que su *Gramática* era una mera trasposición de las *Introductiones*, el gramático sevillano detectó y analizó en aquella obra elementos propios del español, como la existencia del aumentativo con valor afectivo, la formación del futuro y del condicional, la negación de la existencia de declinaciones en castellano, unidades lingüísticas que era imposible explicar como simple equivalencia de formas siglos antes consignadas.

Por su parte, fray Andrés de Olmos siguió, como él mismo lo manifiesta, las *Introductiones* en cuanto a la conformación de su *Arte* y la *Gramática* en cuanto sus propósitos pedagógicos; sin embargo, y como aquel lo hiciera con el castellano, el franciscano puntualizó que “no será reprehensible si en todo no siguiere el *Arte* de Antonio”, debido, obviamente, a las peculiaridades propias del mexicano.

El *Arte* de fray Andrés de Olmos, considerada por Leonardo Manrique como “la primera descripción de la lengua mexicana, quizá más aguda incluso que las modernas” está dividida en tres partes: las dos primeras las dedica el autor al aspecto morfológico, en primer lugar los pronombres y los nombres, de los que proporciona una detallada descripción partiendo de su propio y complejo sistema de formación e identificando sus cambios morfofonémicos. También alude a las dificultades formales y funcionales del verbo nahua, que a su entender es “la armadura del buen hablar”. Reconoce

los prefijos de objeto definidos e indefinidos, así como las formas direccionales y las construcciones causativas y reverenciales. En el tercer capítulo, fray Andrés de Olmos describe las restantes categorías gramaticales y expone importantes aspectos tocantes a la ortografía y fonología del náhuatl, como la peculiar pronunciación y representación gráfica del saltillo.

A pesar de que esta obra carece de una sección especial destinada a la sintaxis, que él llama "composición", el autor introduce a lo largo de su exposición consideraciones sobre la función de algunas unidades morfológicas, principalmente al trazar del verbo, e incluso, como muy bien apuntalan los editores, identifica diversos tipos de oraciones subordinadas adverbiales que son ejemplificadas con textos extraídos de los *Huehuellahtolli*.

Por tanto resulta difícil considerar, como en el caso del gramático sevillano al que se ha aludido anteriormente, que el *Arte* de Olmos, sea una mera trasposición de la obra nebrisense. El *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos, anterior incluso a muchas otras gramáticas europeas como la francesa de Louis Meigret 1550, representa un invaluable esfuerzo de captación y categorización de las unidades de los diversos niveles que constituyen un sistema lingüístico aglutinante o incorporante muy alejado de la estructura de las lenguas indoeuropeas.

El esclarecedor estudio introductorio y la cuidadosa transliteración de uno de los manuscritos más apegados al original, presentados por Ascensión y Miguel León-Portilla facilita considerablemente el acceso al *Arte* de Olmos, que es, a la vez, síntesis de una larga tradición gramatical y precursora de nuevas descripciones y categorizaciones lingüísticas.

PILAR MÁYNEZ

KARTTUNEN, Frances, *Between Worlds. Interpreters, Guides and Survivors*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1994, XIV + 364 p. ils.

Tal vez como ninguna otra, la fecha de 1992 dejará una marca histórica en la conciencia de la Humanidad. Fue entonces cuando un buen número de países del Viejo y del Nuevo Mundo crearon comisiones y prepararon congresos para recordar que entonces se cumplían cinco siglos del principio de un proceso histórico que se definió como "globalizador".